

Argentina

Diana Tussie Si se van todos, ¿con quién nos quedamos?

La caída tan súbita de la Argentina, las protestas callejeras, el desgaste de los políticos... A veces es difícil para nosotros comprender qué está pasando en tu país. ¿Los argentinos entienden qué ha pasado?

No, no lo comprendemos a cabalidad. Pero hay algunas explicaciones. En principio, es un proceso que venía en constante y silencioso aumento. Veníamos con una recesión muy fuerte de cuatro años y, al mismo tiempo, tuvimos una votación que le dio a la alianza ganadora de 1999 el mandato de renovar la política económica. Fue un capital político importante, pero la alianza lo quemó muy rápido por no poder salir de la recesión.

Al mismo tiempo que la recesión no amainaba, teníamos un grave problema de competitividad y de fuga de capitales. La economía seguía sin arrancar, el tipo de cambio estaba muy sobrevaluado, la economía argentina no era competitiva, y se produjo una implosión social y política. A fines del 2001 hubo una elección a mitad de camino que prácticamente quitó el poder al Presidente, y se viene gestando lentamente una oposición muy organizada.

Hay un rechazo absoluto a lo que los argentinos llaman el

"modelo" y a la enorme regresividad de la distribución del ingreso. A eso se suma que a fines del 2001 una enorme fuga de capitales hacía insustentable el tipo de cambio. El ministro de Economía, Cavallo, implanta el "corralito", que es la imposibilidad de retirar los ahorros, para que los bancos no quebraran después de la fuga de capitales. El 3 o 4 diciembre la gente amanece sin la posibilidad de retirar sus ahorros o solo puede hacerlo a "cuentagotas". A fin de año viene la reprogramación de las cuentas a plazo fijo. Eso significa la absoluta quiebra del pacto de gobernabilidad.

Con sus ahorros confiscados, la clase media se despierta. Hay una grave protesta social. De la Rúa declara el estado de sitio. La clase media decide salir a las calles con las cacerolas vacías. A las veinticuatro horas, De la Rúa renuncia.

¿Qué es lo que quieren los argentinos?

No lo saben. Bueno, "los argentinos" es un término difícil. Pero la crisis, la bronca, es muy representativa. Lo que no saben es a dónde ir, qué proponer. El lema en la calle es "que se vayan todos". Pero, ¿con quién nos quedamos?

Lo único que aglutina a la gente es la rabia. El sistema político



está muy fragmentado. Mientras tanto, se fue organizando la protesta de la clase más baja, los piqueteros. La primera en salir a la calle fue la clase media con sus "cacerolazos". Ahora están en las calles esos dos tipos de movimientos sociales que representan diferentes sectores de la sociedad, pero no hay nadie que los represente políticamente. El presidente Duhalde agotó muy rápidamente su capital político.

La corrupción ha cumplido un papel importante en el declive argentino. ¿Cuáles son las causas más profundas de la corrupción en la Argentina? ¿Cómo pudo suceder tan desmesuradamente (la misma pregunta que nos hacemos en el Perú)?

Diana Tussie es investigadora de FLACSO-Buenos Aires y experta en relaciones internacionales.

... la corrupción venía de la mano con el ajuste. Esa es la fórmula políticamente explosiva, porque la corrupción sola siempre existió.

Una explicación para los años noventa es el uso del Estado para el enriquecimiento personal. Ese tipo de corrupción se masificó en los años noventa. Pero una cosa es la masividad y otra la sustentabilidad de la corrupción. El punto es que la corrupción venía de la mano con el ajuste. Esa es la fórmula políticamente explosiva, porque la corrupción sola siempre existió.

Yo no diría que el "modelo" benefició a pocos, pero la corrupción sí. El modelo, aunque hubo mucha desocupación, no benefició a pocos, porque los argentinos vivimos de prestado durante diez años. Teníamos un ingreso muy por encima de nuestra economía real. Nadie quería la corrupción, pero el tipo de cambio benefició a mucha gente que podía viajar por el mundo, sentirse cosmopolita y comprar más barato en Miami que en Buenos Aires. Mucha gente sabía que a largo plazo ese estilo de vida se derrumbaría. Pero no ha habido una oposición activa en los años noventa. Menem fue reelegido, y pudo remendar la Constitución para ser reelegido y casi la vuelve a remendar.

¿Cuál es el desafío para el movimiento de derechos humanos en esta nueva situación?

Ha habido muchos incidentes de "gatillo fácil", es decir, asesinatos de jóvenes de clase baja. Existe un aumento genera-

lizado de la violencia: la violencia de la Policía, la violencia general, la criminalización de la pobreza. En este momento 50 por ciento de la población argentina está bajo la línea de pobreza, y 30 por ciento es indigente. Hay una situación de insustentabilidad social que lleva muy fácilmente a la represión.

El desafío para los grupos de derechos humanos consiste hoy en responder a la legítima preocupación por la seguridad ciudadana en momentos en los que hay un aumento de la violencia, tanto de la Policía cuanto de los desocupados. Hay que unir fuerzas para reducir la violencia.

¿Esa situación ha llevado a que se discutan más los derechos económicos y sociales?

Los derechos económicos y sociales son un término muy especial. Nadie usa ese concepto, pero se discute el derecho al empleo. Los piqueteros salen a la calle porque están sin trabajo. No se discute el derecho al empleo: se pide. Pero en una economía que pasa por su quinto año de recesión, es difícil dar una respuesta al desempleo. Lo que sí veo son algunas distribuciones de empleo. Hay un aumento de la política clientelista tradicional del peronismo, y eso, de alguna manera, está suavizando el posible conflicto social.

Echando una mirada al panorama internacional, ¿hasta qué punto la crisis argentina influye en la región?

Estamos ante una implosión de lo que era el modelo de la década de los noventa. De repente, hacer los deberes no sirve. Argentina ha hecho todos los deberes, y ahora no le sirve. Esto pone en crisis las recetas que se habían recomendado o impuesto. Esta fue la primera gran consecuencia de la crisis argentina: cuestionar la bondad de esas recetas.

En América Latina observamos un creciente cuestionamiento social. Pero, al mismo tiempo, vemos la insustentabilidad de los gobiernos, cuyos votantes nacionales piden una cosa mientras el electorado internacional, constituido por los mercados, pide otra. La relación entre lo que piden los mercados y lo que piden los ciudadanos ha llegado a un punto de crisis. Como los gobernantes no pueden responder a los dos, entonces sucede cada vez más lo que hicieron Fujimori y Menem: prometer una cosa y hacer otra. La polarización entre lo que la política económica requiere y lo que los votantes quisieran es cada vez más creciente.

¿Ves alguna perspectiva para salir de ese dilema?

No veo una solución. A mediano plazo continuará una inestabilidad muy grande en América Latina, producto de esa tensión que no tendrá una solución fácil. Creo que nos volveremos menos ortodoxos. No diría como un retorno a

ninguna política pasada, pero va a haber una suavización de lo ortodoxo, un reacomodamiento de las recetas de derecha. No habrá un fortalecimiento por la izquierda, pero sí un reacomodamiento por la derecha. Veremos una dosis mayor de realismo en los nuevos elegidos. Tendrán que hacer menos promesas para poder caminar por el desfiladero angosto que es poder reconciliar esas dos demandas polares: la de los mercados internacionales y la de los ciudadanos nacionales.

De parte de la administración de Bush me parece que habrá, en el

nivel económico, una mayor sobriedad y un mayor pragmatismo en el trato de las crisis. Bush dijo que no habría ningún rescate, pero finalmente hubo el rescate al Uruguay. Lleva a Estados Unidos a un mayor pragmatismo frente a América Latina. No cambiará su política en sí, pero disminuirán el dogmatismo, el unilateralismo y una política excesivamente maniqueísta.

Por otro lado, veo una mayor dosis de realismo de parte de nuestros gobernantes. No tendremos nada de maravilloso,

pero sí algún escenario de estabilidad. Sin embargo, esto tardará.

Ese mayor pragmatismo de los Estados Unidos, ¿tiene algo que ver con el 11 de setiembre?

No; tiene que ver más bien con la crisis de la Bolsa, con el fraude de las empresas, con la política económica. El unilateralismo seguirá en la política de seguridad, pero en la política económica habrá una mayor sobriedad. Tiene más que ver con los límites al mal manejo en la economía. A veces la realidad se impone. ▲